

Prefacio

Cuando inicié esta investigación, apenas se había ahondado en prostitución y medios de comunicación en España. Laborar terreno no trabajado fue costoso pero también gratificante. Lo inexplorado era reto pero también incentivo. Inevitablemente, mucho de lo que emergiese de esa tierra recién removida habría ser a la fuerza novedoso.

Hoy en día, por fortuna, esta veta investigadora ha ido, poco a poco, consolidándose. Los últimos trabajos se adentran en aspectos como las redes sociales, el papel de los medios en la controversia alrededor de la prostitución, los mensajes de la publicidad institucional y el discurso o el papel público de los colectivos de trabajadoras sexuales a través de las posibilidades del mundo on line. La aportación de este estudio a un estado de la cuestión que, poco a poco, va ampliándose, es, a mi modo de ver, la de ese primer roturado del terreno que facilita los posteriores arados para el cultivo. El recorrido histórico que se hace a lo largo de más de tres décadas, desde el final de la dictadura franquista, aporta una perspectiva que ayuda a comprender mejor los imaginarios en los que se asientan los discursos actuales. Y también contribuye a hacer entender que no siempre los imaginarios ni los discursos han sido los mismos. Que todo es variable. Y, sabido es, nada hay menos natural y más histórico que un discurso. Aunque se disfrace de palabra divina.

Este recorrido nos ha aportado algún que otro dato revelador. Nos ha permitido descubrir como en los años 70 las trabajadoras sexuales tenían una voz y una capacidad de agencia en los medios que se fue perdiendo a lo largo de las décadas posteriores. Ambos periódicos, *Abc* y *El País* informaban entonces con normalidad de la creación de un sindicato de “trabajadoras del amor”. Y *El País*, en aquel momento un periódico recién nacido y conectado con los movimientos sociales, hizo una cuidada cobertura por aquel entonces de las manifestaciones y protestas de las prostitutas frente a la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social que habían tenido como detonante el supuesto suicidio de una trabajadora sexual en una celda de castigo bilbaína.

Cuatro décadas más tarde, las personas que ejercen la prostitución se han convertido no solo en víctimas, sino en las víctimas perfectas, como se ha podido demostrar en el análisis del discurso realizado para esta investigación. El contexto ha cambiado. La prostitución ya no se ejerce mayoritariamente por mujeres españolas, sino por mujeres extranjeras. Y, a la discriminación añadida de ser mujer, pobre y estigmatizada como prostituta se añade un tercer factor: el de no ser reconocidas como ciudadanas del país en el que residen. Cuando no eres reconocida como ciudadana, se dificulta el luchar por tus derechos en un país al que no perteneces. Las redes de tráfico y trata de personas, uno de los mayores negocios delictivos de dimensiones internacionales, cobran el protagonismo. Ante la dureza de la situación, se agudiza el debate alrededor de la prostitución en blancos y negros.

Y hay grises, muchos grises. Con ser muy grave la vulneración de derechos, reconociendo que la prostitución se enmarca en un contexto de violencia machista estructural (de ahí que seamos sobre todo nosotras las que nos prostituimos), es preciso reconocer que hay mujeres que la ejercen voluntariamente, como una decisión propia, como una estrategia vital para salir

adelante. También que hay mujeres explotadas que no viven como explotación su situación porque la tienen normalizada. O que, tras los operativos “liberadores” de las fuerzas de seguridad del Estado, a veces la situación de las mujeres incluso se ha empeorado. Y, por último, que por mucho que nos duela reconocerlo, la sexual no es la única prostitución.

Esos grises son difícilmente captados por los medios, como pude observar en los años finales de la muestra, en los que tanto *El País* como *Abc*, cuyas líneas ideológicas también se habían mostrado radicalmente opuestas en su mirada a la prostitución a lo largo de este análisis, coincidían finalmente en el estereotipo de la víctima perfecta. La víctima sin más, sin voluntad y sin capacidad para decidir o haber tomado decisiones en su vida.

En esa mirada confluyeron finalmente tanto el enfoque conservador, influenciado por la moral católica, de *Abc*, como la visión de *El País*, que evoluciona desde la concepción de las trabajadoras sexuales con agencia y voz —como parte de los movimientos contestatarios, en los años de la transición, y como actoras con reivindicaciones colectivas y discurso propio en los años 80, en plena crisis del sida y la consecuente oleada estigmatizadora de la prostitución— a una mirada más frívola y relacionada con lo anecdótico y los sucesos en los 90, hasta la asunción del discurso abolicionista en el siglo actual.

Esta investigación partía de una hipótesis: la influencia del discurso político en el mediático a la hora de construir el relato sobre prostitución. Y se ha podido observar como a partir del momento en el que se recupera el debate alrededor de la prostitución en la agenda política bajo la bandera de la lucha contra la trata de personas con fines de explotación sexual, este se traslada también a la agenda mediática, con un discurso fundamentalmente victimizador.

A finales de la primera década de los 2000 se comienzan a articular en el Estado una serie de medidas políticas para

la lucha contra la trata, que se ponen de manifiesto en los sucesivos planes de lucha contra la trata. En un discurso mediático muy influenciado por las fuentes institucionales, tanto político-gubernamentales como policiales, acaba por imponerse la mirada a la persona que ejerce la prostitución como víctima que es salvada por la maquinaria político-institucional.

Se hace necesario, a la luz de los resultados obtenidos en esta investigación, un periodismo que sea capaz de reflejar las múltiples aristas, las diversas tonalidades de gris, que conforman la realidad de la prostitución. Para ello, sería útil, desde mi punto de vista, adentrarnos en dos caminos. Por un lado, la práctica de un periodismo que profundice, que investigue, que aplique la perspectiva de género, que vaya más allá de las fuentes institucionales, que esté presente en las calles y que le de voz a las trabajadoras sexuales. Que nos permita escucharlas directamente a ellas, sin que sean constantemente otros (fuentes policiales u organizaciones no gubernamentales, por ejemplo), las que hablan por ellas. No pretendo restarle valor a estas fuentes ni al trabajo que realizan en el día a día frente a la trata y a la explotación sino reflexionar sobre la importancia de acceder directamente a las trabajadoras sexuales. Ayudaría a adentrarnos en la prostitución sin prejuicios previos, lo que, por supuesto, supone ir más allá de estereotipos o de estigmas y también una mirada flexible, abierta, sin temor al encuentro con la realidad.

El debate ha sido tan enconado en los últimos años que, no solo como investigadora, sino también como periodista, me he tenido que enfrentar a cifras por completo dispares respecto a la dimensión de la trata en el contexto del país, dependiendo de si la fuente de partida era abolicionista o pro-legalización. El espacio que creo que deben aportar los medios de comunicación en este escenario es el del diálogo, más que el del ring de combate. El fragor del debate, unido a un conocimiento superficial, hace que a veces se identifique

abolición con prohibición, por ejemplo, o que se aporten datos no suficientemente contrastados.

Al finalizar la tesis doctoral que sirvió de base para este libro, avatares propiciados por la precariedad académica del contexto español me llevaron a Ecuador, recorriendo al revés el flujo migratorio que siguen muchas trabajadoras sexuales procedientes de América Latina. Esta experiencia me ha permitido cierta perspectiva comparada. En Ecuador, la prostitución es realizada sobre todo por mujeres locales (aunque también existe emigración de países próximos como Perú, Colombia o Venezuela, atraídos por su economía dolarizada). Las trabajadoras sexuales se agrupan en colectivos basados en un discurso basado en sus derechos como ciudadanas. Como tal se han convertido en interlocutoras directas con el Estado, consiguiendo, por ejemplo, la eliminación del abusivo carné profiláctico y su sustitución por una tarjeta sanitaria que garantiza su anonimato y que no puede ser exigida de forma obligatoria ni por la policía ni por los proxenetas. Con la ayuda financiera de organismos internacionales, se han articulado así mismo en agentes de concienciación y freno frente a las enfermedades de transmisión sexual. En Quito, uno de estos colectivos gestiona un local propio para el ejercicio de la prostitución.

Recalco esta situación porque el empoderamiento de sus derechos ciudadanos ha marcado una diferente posición frente a los medios de comunicación. Las trabajadoras sexuales han hecho valer sus derechos comunicativos (con base en la Ley Orgánica de Comunicación de Ecuador) al exigir frente a los medios rectificación en caso de tratamientos inadecuados o la sustitución de términos con connotaciones negativas por el de trabajadora sexual.

Es, en todo caso, una perspectiva comparada en la que habría que profundizar mucho más y que nos podría traer nuevos espacios para el debate y, sobre todo, para el diálogo.

Tanto en este prefacio como en el resto de la investigación he intentado evitar los blancos y negros. Los grises pueden resultar menos reconfortantes pero, y en eso confiamos, son espacio fértil para abrir nuevas vetas dialécticas.

Belén Puñal es docente en la Universidad Estatal de Milagro en el momento en el que se escriben estas líneas. Este libro nace de una tesis doctoral presentada en la Universidad de Santiago de Compostela en 2015.

Introducción

¿Qué hay en los espacios que quedan a la sombra de los focos mediáticos? Sabemos a quiénes enfocan los medios: principalmente hombres en espacios de poder. Pero, ¿a quiénes no enfocan? ¿qué sombras chinescas resultan de los espacios en penumbra? Durante años, los estudios en Comunicación y Género han demostrado la escasa representación de las mujeres en los medios. No solo somos menos que los hombres, muchas menos, las que accedemos al altar del trono mediático sino que, además, cuando allá nos llevan, lo hacen a hombros de los estereotipos: como víctimas, como personajes de farándula o como actrices de la vida pública que son vistas antes como mujeres que como políticas, empresarias o deportistas de éxito. Pero, ¿qué ocurre cuando, al hecho de ser mujer, se unen otros factores de discriminación? Por ejemplo, cuando, además de ser mujer eres inmigrante, con escasos recursos económicos o perteneces a otra etnia o condición sexual o genérica diferente a la mayoritaria entre las mujeres protagonistas en ese medio? Y ¿qué pasa cuando a todo ello se unen siglos de estigma? Fueron esos interrogantes los que dieron origen a esta investigación sobre la representación de la prostitución en la prensa española y, más en concreto, en dos periódicos de referencia en este ámbito, *El País* y *Abc*.

Por muy objetivas y objetivos que nos consideremos, las periodistas, los periodistas, trabajamos nuestras palabras en marcos interpretativos que determinan, con antelación, lo que vamos a contar. Pueden ser nuestras creencias, nuestros valores, nuestras formas de ver el mundo, la ideología de nuestro medio o nuestra propia ideología profesional, es decir, lo que consideremos ser buena o buen profesional. Y este marco, que determina nuestra forma de mirar, es mucho más estrecho cuando se dirige a realidades que nos resultan distantes o que conocemos fundamentalmente a través de las lentes del estereotipo, estereotipos predeterminados en una sociedad que discrimina en función de tu sexo, tu clase social, tu nacionalidad o tu orientación sexual, entre otros muchos factores.

El relato de la prostitución, tal y como podremos ver en esta investigación, se ha contado en los medios según una trama determinada con antelación: por ejemplo, la mujer de “mala vida” de la que, entre líneas, se nos viene a decir que era merecedora del trágico final de crónica negra que la ha llevado a los titulares, o la “víctima perfecta”, víctima sin capacidad alguna de agencia o decisión, que ha sido arrastrada a España por las redes de trata.

Las narrativas van cambiando a lo largo del tiempo, como veremos en este estudio diacrónico que se inicia en el año 1977, reciente aún la dictadura franquista, y termina en el 2012. Lo que no cambia es la visualización de la realidad a través de unas lentes que nos llevan a ver antes al personaje que a la persona. Y la diferencia no es poca. Al personaje se le escribe el guión de lo que va a decir. La persona tiene capacidad de hablar por sí misma.

Es más, este viaje a través del tiempo y de los periódicos nos lleva a concluir que estaba más presente la voz de las trabajadoras sexuales a finales de los 70, como sujetos que reivindicaban sus derechos (al menos en *El País*, por la línea ideológica que muestra en ese momento, abierta a las reivin-

dicaciones de colectivos sociales que habían sido marginados o reprimidos en el franquismo) que en la primera década del siglo XXI, pues la victimización con que se las representa hace que se les hurte la voz o que sean otras instituciones, entidades, o asociaciones las que hablen por ellas. Un camino este en el que los dos periódicos analizados confluyen.

¿Qué es lo que hace que las narrativas sobre la prostitución de ambos diarios, tan diferentes en un inicio, marcado el *Abc* por su ideario católico y *El País* por la línea progresista que lo caracteriza en la Transición, acaben confluyendo con el tiempo en la victimización de la trabajadora sexual? ¿Cómo influyen las agendas políticas en las mediáticas y, en concreto, en la deriva informativa de los dos medios? ¿Qué hay de realidad y qué de mito en la representación que se hace de las trabajadoras sexuales y, en especial, en momentos de alarma social, tan bien alentada por los medios, como la crisis del SIDA en los 80 o los conflictos barriales? ¿Y qué papel juegan en todo esto compradores de sexo y proxenetas? ¿Por qué en el triángulo de la prostitución, donde los tres vértices son necesarios, los focos se ponen sobre todo en las personas que ejercen la prostitución, no en quien la consume ni en quien de ella se beneficia?

Las preguntas que llevan a esta investigación van más allá. Al igual que se visibilizan determinados actores y no otros, ¿hay espacios de la prostitución que resultan más visibles a los ojos mediáticos que otros? Porque la prostitución no solo se limita a la calle, donde es más visible y, por lo tanto, puede ser considerada más molesta. ¿Acaso en aquellos espacios en los que no resulta tan evidente a nuestros ojos no existen las mismas problemáticas?

¿Y qué pasa con los discursos? ¿Hay discursos dominantes en la prensa española respecto a la prostitución? ¿Existen discursos marginalizados? ¿Tiene el mismo peso el discurso pro-legalización que el abolicionista? ¿Por qué?

Todas estas cuestiones han sido guía para este trabajo que ahora tienen entre sus manos y cuya lectura, deseamos, les proporcione claves o, cuando menos, les lleve a navegar bajo la guía de otras.